

# Dómina

Andrés Cuevas Navalón



© Andrés Cuevas Navalón, 2013

e-mail: [andrescuevasnavalon@gmail.com](mailto:andrescuevasnavalon@gmail.com)

 @andres\_cuevasn

Registro de Propiedad Intelectual N° 232.034

 /editorial.panspermia

 @Edit\_Panspermia

[www.panspermia.cl](http://www.panspermia.cl)

Este cuento está realizado para mayores de edad y pretende provocar al lector.

Si no le gusta, no lo lea. Elimínelo.



Cuando trato de pensar por qué me gusta, por qué soy así, no logro llegar a ninguna conclusión (no a una propia), simplemente recuerdo a mi madre. No soy la única, mucha gente busca lo mismo. Si supieran todas las personas que se pueden encontrar en internet, no lo creerían, el porcentaje es altísimo y va en aumento, cada día aparece alguien que quiere experimentar, probar y ahí estoy yo, al acecho. Sólo hay que saber hacerlo; lento, y con mucha calma. Al principio dudan o se arrepienten (una como yo sabe, los años de experiencia no son en vano), pero tarde o temprano se entregan y terminan rindiéndose a mis pies. Soy la iniciadora de muchos, han aprendido y seguido mis pasos; me buscan y cuando los más difíciles se resisten, no pueden evitar la tentación cuando les ofrezco la oportunidad de mirar. Una mente corrompida no logra sanarse, por más que traten de olvidarlo y seguir una vida normal no pueden sacarlo de sus mentes, al contrario, retener sus deseos más ocultos aumenta en el tiempo las ganas y es ahí cuando traspasan todos los límites. Incluso los de su propio cuerpo sacando aquello por lo que han nacido, de la misma manera que lo hice yo. Es precisamente cuando recurro a ellos, los uso a mi antojo y muestro al

nuevo iniciado lo que tanto añora. Espero que no te cruces en mi camino, espero que tus ojos no me muestren tus verdaderos deseos, porque nadie se ha escapado de mí.

Soy hija única y hasta la muerte de mi madre me mantuve retenida en mis pensamientos y algunos descubrimientos que contaré más adelante. Ella era una mujer baja y menuda, mi padre en cambio alto y macizo (de él saqué los rasgos físicos). Recuerdo que peleaban demasiado y nunca supe la razón hasta un día, después de varios años viviendo juntas, cuando me lo contó.

En aquella época ella estaba muy vieja y sentía que pronto me dejaría. Como todas las madres, no pudo evitar preguntar por mis amores, a lo cual respondí que no tenía intenciones de buscar a alguien. Insistió tantas veces para que compartiera mi vida que lo único que se me vino a la mente fue que no quería terminar como ella con el papá.

Me respondió con mucho dolor en su mirada que aún lo amaba, que siempre había estado enamorada de él, pero también lo odiaba, que no la malentendiera, no me culpaba a mí, pero el daño que le había causado no estaba dispuesta a vivirlo otra vez. Por eso lo culpaba

de todo. Por eso lo había echado. Por eso hizo que la odiara y rehiciera su vida con otra mujer, otra que le diera más hijos, lo cual nunca ocurrió ya que, por esas cosas del destino, mi padre no tuvo más descendencia.

Nací en la alfombra, a diferencia de la historia que conocía sobre mi llegada al mundo, la verdadera había sido mucho más distinta. Concibieron una guagua que dado el tamaño de mi padre, era muy grande para el cuerpo de ella, por lo que gran parte del embarazo lo pasó en cama sin poder moverse. Todo se cumplía de acuerdo a lo planificado y nacería a finales de junio, sería una cesárea programada, pero en vez de eso, el cuerpo de mi madre no me fue suficiente y rompí la bolsa un mes antes. Estaba sola y trató de pedir ayuda a los vecinos, pero sólo alcanzó a llegar al living donde quedó tendida sobre la alfombra. Por más que gritó nadie la escuchó, tuvo que armarse de valor, tendría que darme a luz allí. Comprenderán que una guagua grande en un cuerpo pequeño no es fácil de extraer por parto normal, pero añoraba a su hija más que nada en el mundo que no estaba dispuesta a perderme, por lo que después de horas de pujar y pujar, gritar y bramar, finalmente me cagó. Sí, literalmente me cagó. La

dilatación no fue suficiente, ni siquiera ella sabe cómo lo hizo, pero el dolor que sintió fue tan fuerte que me odió en ese momento, odió la vida, odió ser mujer y odió a mi padre, único rencor que perduró hasta su muerte. Su vagina estaba tan abierta que logró pujar y salió mi cabeza, pero cuando sintió que aún continuaba adentro, que el esfuerzo no daba resultado y me estaba asfixiando, se apoyó en el sofá y con sus manos comenzó a sacarme hasta que su piel empezó a rajarse, el dolor casi la deja inconsciente pero tiró y pujó con tanta fuerza que finalmente se rajó desde la vagina hasta el ano. Cuando mi padre llegó un par de horas más tarde nos encontró a las dos en el living, mi madre inconsciente, el suelo completamente cubierto de sangre, placenta y excremento. El esfuerzo y desgarró vaciaron toda la caca acumulada de un par de días, yo por el contrario yacía entre sus piernas cubierta de su porquería en mi cara, boca, orejas y todo el cuerpo. Estuvimos en el hospital dos meses, mi madre había sufrido un desgarró perineal de tercer grado, por lo que tuvieron que reconstruir su vagina y ano, además de los quince puntos y una cicatriz que un par de años después pude ver. Yo en cambio me salvé de milagro, la falta de higiene y haber

comido la caca de mi madre durante aquellas horas me provocaron entre otras cosas, una hepatitis fulminante que logré superar gracias a decenas de inyecciones, cuidados y un hígado de acero según los doctores.

Después de varios minutos en silencio, mi madre dijo que me amaba con toda su alma, pero había sido la peor experiencia, un trauma que no pudo quitar de su mente. Nunca había sido una niña con problemas o enfermiza, pero ella sabía que escondía algo. Estaba segura que aquello había dejado consecuencias en mí, que ni siquiera yo intuía. Traté de negar su afirmación sin poder convencerla de lo contrario. Incluso antes de morir dijo que tuviera cuidado de mostrarme tal cual era, que evitara hacer daño al resto, que hiciera lo que fuese me seguiría amando. Esa fue la única vez que hablamos, me contó la verdad y es la única explicación a lo que soy actualmente. Me preguntó si recordaba lo que había pasado cuando tenía seis años y negué. No podía decirle que aquello seguía en mi mente como una de mis mejores experiencias y sensaciones, pero tuvo el efecto contrario, creo que necesitaba desahogarse.

Siempre le pareció extraño que fuese la única guagua que no llorase cuando se cagaba,

podía pasar días con la caca en los pañales sin emitir ningún sonido para que me lo quitara. Cuando aprendí a usar el baño sola me gustaba mirar los mojones dar vueltas en el inodoro. Varias veces me pilló con las manos adentro jugando con ellos. Un día me perdió de vista varios minutos e inexplicablemente se dirigió hasta donde estaba, abrió la puerta y me vio con mi propio mojón entre los dedos.

Comiéndomelo.

Dice que me golpeó hasta que se cansó, pero lo único que recuerdo es haber metido mis manos en el wáter; tocarlo, sentir su textura, como al apretarlo se salía entre mis dedos y ese olor tan exquisito, mucho mejor al que se escapaba cuando lo expulsaba de mi cuerpo, esa fragancia que me gustaba, que me abría el apetito y me daban ganas de meterlo en mi boca y morderlo. Era tan blandito, un sabor que recuerdo como el mejor, incomparable, como nunca antes había degustado (eso creía yo); esa textura tocando mi lengua y rompiéndose entre mis dientes. ¿Alguna vez has apretado con tus manos un paté?, pues si hicieras la prueba lo entenderías. Sácale el envoltorio completamen-

te, lento, sin que pierda la forma o se desarme, rodéalo con ambas manos y apriétalo con fuerza para que se escape entre los dedos, eso puede compararse un poco, sólo un poco, ya que no todos los mojonos son de la misma forma, y el olor, claro que el olor es otra cosa, no tiene comparación, es mucho mejor el de la caca. Ella pensó que había sido la primera vez, pero se equivocaba un poco, era la primera vez que me comía uno entero.

Los años siguientes me las ingenié para seguir degustando mis deposiciones, algunas veces aprovechaba los recreos para sentarme en el baño y disfrutar un poco de excremento, pero el problema era la hediondez, que para mí no tenía nada extraño, pero al parecer me dejaba un hedor tan desagradable que mis compañeros se alejaban. Inclusive llegó a los oídos de la profe jefe, que empezó desde entonces a vigilarme. Estoy segura, ahora que lo pienso, que todos los profes sabían y por eso me miraban extraño, por suerte nunca le dijeron a mi madre. Aunque dejé de hacerlo al comprender que no era una práctica muy adecuada, no era algo muy bien visto, las miradas me persiguieron por años. La verdad, nunca me afectó ni me importó.

En mi adolescencia, cuando empecé a descubrir mi cuerpo y la masturbación, mi madre que en ese tiempo ya estaba separada, me controlaba y vigilaba constantemente. Nunca entendí el motivo, el único lugar en qué me dejaba en paz y no me interrumpía era el baño, por lo que cuando descubrí la excitación lo hacía allí. Pasaba más de media hora bajo el agua descubriendo el placer, con la tranquilidad de saber que no sería molestada. Nunca dejó que me encerrara con llave, pero mientras escuchara el agua caer no entraba.

La excitación fue al principio, porque después de un par de meses dejé de sentir interés, algo me faltaba. ¿Alguna vez te has metido el dedo en el hoyo?, ¿no?, deberías, las sensaciones son indescriptibles y absolutamente recomendables. Bajo el agua de la ducha siempre me excitaba y masturbaba pensando en comer caca, me estimulaba pensando en algunas de mis compañeras. Si alguien dejaba el baño cagado entraba en el recreo aunque solo fuera a sentir el olor, no podía entrar al cubículo, sacar el sorete y metérmelo en la boca, me conformaba con entrar al baño a mear, mirarme al espejo o hacer cualquier cosa para disfrutarlo. Me imaginaba tocándolo, lamiéndolo y sacando

poco a poco como si fuese un helado, saborearlo y chupar mis dedos hasta tragar el último vestigio de excremento.

Si hubiese descubierto que aquello se podía hacer y era una buena alternativa, habría empezado mucho antes, pero la ingenuidad de ese entonces y tanta vigilancia me contuvieron hasta aquel día bajo la ducha. Llevé un dedo a mi ano y lo metí. El pensamiento surgió abruptamente y lo atrapé, era obvio, si no puedo comer cuando está afuera, ¿por qué no hacerlo cuando está adentro? Creo que siempre estuve preparada para eso, o quizás el agua ayudó un poco, porque no me dolió. Estaba tan excitada y dilatada que, sin mucho esfuerzo, introduje mi dedo hasta el tope y allí lo sentí, chocó con la punta de él. Fue el momento de mayor excitación que recuerdo, estaba tan caliente que mi otra mano masajé mi clítoris y en menos de un minuto tuve el primero y más increíble de los orgasmos. Cuando lo saqué estaba completamente café, un poco se deslizó por mi pierna, el agua cambió al mismo color y se perdió por el desagüe mientras la pestilencia subía y entraba por mi nariz. Llevé de inmediato el dedo a mi boca y no lo saqué hasta que lo dejé completamente limpio. Mis dientes ayudaron a sacar los

residuos de entre mis uñas. El placer fue tan desbordante que la mano en mi clítoris comenzó a explorar hasta que dos de mis dedos me quitaron la virginidad.

Nunca olvidaré lo increíble que fue aquel baño.

Desde entonces descubrí que la excitación y el gusto por el excremento estaban completamente relacionados, quizás si no hubiese estado siempre tan vigilada nunca hubiese tenido relación, pero desde aquella experiencia, la única forma de poder satisfacer ese gusto era en la ducha. Poco a poco fui experimentando nuevas sensaciones y lo mejor de todo es que nunca quedaba ningún tipo de rastros, el dedo del principio se transformó en dos, tres y hasta los cuatro. Cada vez entraban más adentro y tocaban mis carnes hasta encontrarse con el excremento, jugaban, lo apretaban. Rompía los mojonos en mi interior y la dilatación que hasta ese punto alcancé, hacía que los aromas escaparan entre mis dedos; me volvía loca por morderlos, mis dedos quedaban cubiertos y muchas veces logré sacar grandes trozos o restos de estos caían en la tina hasta deshacerse con el agua y

perderse por el desagüe. Fuera de eso no logré tener otro tipo de experiencias, pero para mí era suficiente. Tampoco tuve ningún tipo de relaciones, ni pololeos, ni un revolcón, la verdad es que nunca me interesó el sexo, ni siquiera cuando estuve en el instituto. Mi deseo sexual tenía, como dije, directa relación con el excremento. Nunca supe si me gustaban los hombres o las mujeres, creo que siempre he sido multi-sexual, pero hasta entonces no lo sabía. Lo único que me gustaba era escuchar a las chicas en el baño cagando, escuchar el sonido de sus mojonos cayendo al agua, los pe'os previos anticipando con esa fetidez que invadía todo el baño, ese sonido que evidenciaba un gran espécimen o las veces cuando la indigestión causaba efecto y explotaban como una llave bombeando y que expulsa la caca a borbotones. Imagino que habrán deducido que mi hora preferida para ir al baño era después de almuerzo, y que nada supera un baño público.

Con la muerte de mi madre cambió todo. Una parcela con una casa grande sirve para hacer muy buenos carretes. Así comenzó mi vida social. Empecé a conocer gente y con una casa disponible todos los fines de semana, los más carreteros y buenos pal' hueveo aparecen

rapidito. Comencé a tirar con quien me hiciera ojito, estuviera un poco cura'o o tuviera la intensidad de sexo. No discriminaba a nadie y la verdad no me importaba lo que pensarán. En realidad ninguno de ellos nunca dijo nada. El problema era cuando trataba de lamerles el hoyo o meterles el dedo, hasta ahí llegaba la cuestión y los mandaba a la chucha, que se fueran a acostar a otro lado, no estaba pa' hueones trauma'os o hueonas cartuchas. Probé sexo anal, dejaba que los hueones me culiaran pero al ver un poco de caca o sentir un poco de olor se horrorizaban, asqueaban e incluso se iban al baño a vomitar hasta vaciar su estómago. Así pasé una larga temporada. Tenía que recuperar el tiempo perdido y encontrar alguien lo suficientemente cura'o o desgenera'o, hasta que conocí al Seba. Llegó a carretear un viernes en la noche con uno de los trauma'os que me había tira'o antes. Nunca le puse color pa' carretear y tomar, al final éramos todos amigos y no me importaba si me lo había comido o me la comería. Además muchos llegaban porque podían culiar donde querían y con cualquiera, el lugar era grande y los arbustos y árboles ayudaban también.

Terminamos conversando en un grupo

donde el tema principal fue el sexo (el mejor tema pa' cachar a la gente), hasta que después de un baile improvisado y un copete compartido, nos besuqueamos y sobajeamos como dos pendejos calientes a vista y paciencia de todos. Obviamente lo invité a quedarse conmigo, y lo hizo el fin de semana completo. Cuando muchos se habían ido y otros dormían en cualquier parte, nos acostamos y nos pusimos a culiar de inmediato, sin amor, sin tanto trámite, nos sacamos la ropa y me lo metió de una. El culia'o se hacia el hueón, en realidad no había sido muy avispao antes por lo que me contó después, quizás fue el copete o la falta de sexo, pero lo que sí sé es que saqué lo peor de él desde ese día. Cuando la tenía bien dura y la metía hasta el tope como un animal, le dije que me lo metiera en el culo. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendido, sin saber qué responder, por lo que aproveché el momento, salí de entre sus piernas y me puse en cuatro frente a él. Con mi saliva lubiqué mi ano, abrí con ambas manos mis nalgas y le ofrecí el hoyo que empecé a dilatar pujando para que se abriera. Sin hacerse de rogar, ni decir palabra alguna en menos de un minuto empezó a meterla. Mi experiencia en aquella pose y lo caliente que me ponía el pen-

sar cómo ese pico se embetunaba con mi excremento me dilató tanto que pronto el olor a caca comenzó a salir. Pensé que saldría corriendo al baño, pero continuó. Ni siquiera su rostro mostraba asco cuando lo miré, respiraba como si nada, con total normalidad a pesar que la pieza ya estaba invadida con mi olor a caca. No dejé que acabara, saqué mis caderas y me giré para verlo. Su pico estaba café, tenía excremento por todos lados, en los pliegues del prepucio y detrás del glande. Estaba quieto, esperando, caliente y muy duro. Su mirada decía querer seguir y creo que estuvo a punto de masturbarse, sin ningún pudor, total, la caca y olor eran míos. Supe de inmediato que era mi oportunidad de actuar, me agaché y lo metí entero en mi boca. Abrí mis fosas nasales para que el olor entrara profundamente, lo saboreaba, mi lengua lo recorría alrededor del glande, no estaba dispuesta a perder ni un poco. Trató de contenerse, estaba al límite y la experiencia lo enloqueció tanto, que no pudo resistir y me llenó la boca de moco, no me salí hasta dejarlo completamente limpio. Leche condensada y manjar sigue siendo uno de mis platillos favoritos. Cuando se recostó a mi lado y me besó en los labios supe que lo había encontrado.

No puso ningún tipo de resistencia la primera vez que le chupe el hoyo, al contrario, lo disfrutó y dejó que le metiera la lengua y el dedo, que por cierto, chupé también. Me sorprendió cuando un día me lo metió, me retuvo cuando quise salir y acabó adentro, pensé que hasta ahí llegábamos, pero me abrió las nalgas y me lamió el hoyo, saboreó mi excremento alrededor del ano y el semen que se escapaba de él. Nunca nadie me había hecho eso, fue mi primera vez, tuve uno de esos orgasmos que te hacen explotar. Al terminar, le limpié el pico de la misma forma, se excitó nuevamente y me llenó la boca. También fue su primera vez. A los pocos días lo internaron de urgencia en el hospital y estuvo dos meses en cama, no tenía la misma resistencia que yo. Esa fue la primera enfermedad que vivimos.

Estuvimos juntos dos años, la única relación duradera que he tenido, la única persona con la que me he complementado y si lo pienso un poco o alguien me pregunta, creo que ha sido la única persona a la que he amado. No teníamos restricciones sexuales. Comprendía perfectamente mi gusto por el excremento y definitivamente terminó sintiendo el mismo placer y deseo. Buscamos información, que-

ríamos saber si estaba bien o mal, pero en la década de los 80's no era tan fácil encontrar este tipo de cosas, por lo que nos remitimos a ver pornografía. Vimos todo lo que encontramos. En esos años no llegaban muchas películas de temáticas, digamos...“diferentes”. No sé cómo llegó a nuestras manos, pero un día vimos en VHS *Saló o los 120 días de Sodoma*, una película de 1975 basada en el mismo libro, bastante cruda para la época, incluso para mí, donde se producían diferentes tipos de torturas, entre las cuales una joven es forzada a comerse las heces del duque, imagen que más que provocarme repulsión, justificó el placer y gusto que yo sentía por ese tipo de prácticas. Supe con los años que la película estaba dividida en segmentos similares al *Infierno de Dante* y que la escena correspondía al Círculo de la mierda. Así continuó nuestra búsqueda por este tipo de placeres hasta que encontramos una película que mostraba la lluvia dorada y el fisting.

No fue fácil, a pesar que ya habíamos experimentando metiéndonos los cuatro dedos en el ano, meter la mano completa era otra cosa. Tratamos con cremas, lubricantes y aceites, pero comprendimos que el excremento era el mejor de ellos. El Seba empezó a dilatarme con

los dedos hasta que estuve lo suficientemente abierta; con mi excremento lubricó todo el contorno de mi ano y empezó a meter su mano. Creo que estaba tan caliente en ese punto sintiendo sus dedos adentro que, en un momento sentí como si mis huesos se abrieran y entró la mano completamente. Al sacarla estaba cubierta de mierda, se la lamí y chupé cada uno de sus dedos mientras se masturbaba y acababa en mi cara. Si lamer el hoyo mientras salía el mojón había sido hasta entonces la perfección, meter la mano era el paraíso. Nunca imaginé que entrar en otra persona fuese tan increíble, sentir como se abre, como está a tu disposición, como tus dedos se abren paso y tocan sus paredes, sus carnes blandas, sensibles y húmedas, y como aquello los excita, no tiene comparación. Cuando entró completamente, no era sólo verla adentro del ano, era palpar la mierda, apretarla, romperla, sentirla entre los dedos. Sólo pensarlo me excita, tener un culo dispuesto a mis manos, ver como sale su mierda entre mis dedos, lamerlos, como se escurre alrededor de mi brazo que entra y sale, como mi lengua recorre el borde de ese ano cagado con mi mano adentro, y el olor de la mierda en un hoyo abierto, ¡guau! Si profundizo más en este punto creo

que no podré continuar la historia.

Con el Seba llegamos a una etapa en que no podíamos seguir, la verdad, yo no podía seguir. Era todo perfecto, nos llevábamos bien, acompañábamos y éramos cómplices, pero yo necesitaba probar a otros, quería experimentar con más gente, meterlos en la cama y comerlos entre ambos, pero él nunca quiso, estaba dispuesto a cualquier cosa, menos a compartirme. Acordamos separarnos y decidí no volver a mantener una relación duradera, sería únicamente cagar, comer y culiar. El Seba trató de buscar algo estable, pero una mente corrompida no se puede sanar, terminó siguiendo mis pasos. Somos muy buenos amigos y no puedo mentir en que un par de veces nos hemos juntado a recordar viejos tiempos.

La fama llegó muchos años después. En ese tiempo no era tan fácil buscar gente como ahora, tenía que frecuentar lugares clandestinos, sórdidos y ocultos a los cuales no puedes llegar si no tienes buenos contactos. Las fiestas y mi promiscuidad me llevaron por ese camino. Debo reconocer que empecé en la prostitución, nunca me he prostituido, quiero decir que comencé con putos, putas y travestis, lo que fuera. Tenía recursos suficientes para pagar servicios

que muy pocos buscaban. No se encuentra en cualquier parte una mujer que le guste el excremento o practicar fisting.

Soy la iniciadora de muchos y muchas, aprendieron conmigo. Yo les enseñé y ahora continúan practicándolo, aunque sólo al Seba y a mí nos gusta comer, el resto prefiere el fisting previo lavado y con mucho lubricante, ¡trauma'os! El requisito conmigo es que sea al natural, yo los abro, les enseño y ellos me dan de su mierda. Si crees que soy vulgar, ¡a la chucha!, en la cama a todos los culia'os y maracas les gusta la hueá. Así hay que tratarlos, humillarlos.

Hay que ir muy lento, excitarlos, calentarlos, dilatarlos. Primero les chupo el hoyo, les meto la lengüita y luego los dedos, los que llegan a mí ya han experimentado con los propios, así que no hay mucho problema. El trauma de todos es la mierda, se contraen y lo que necesitan es todo lo contrario, soltarse. —¡Suelta el hoyo culia'o si querí que te meta esta mano!, ¡suelta el hoyo maraca o te voy a partir con las dos! —los amenazo después de un par de golpecitos en el ano para que se abran. —¡Dame mierda!, ¡cágame la cara! —les digo al meterles la lengua. Los masturbo, les chupo el pico o la

zorra y cuando pierden el pudor y olvidan el olor de su mierda, les meto la mano y se cagan enteros entre dolor y placer. No se imaginan hasta dónde puede llegar el brazo, como les doy vuelta el hoyo y se los chupo. Siempre quieren volver, siempre quieren más, pero nunca son más de tres veces con la misma persona. Ahora con el internet es más fácil, caen solos, ni siquiera hay que buscarlos.

¿Sentiste un cosquilleo entre las piernas o te excitaste un poco?, ¿aunque sea sólo un poco?, ¿lo imaginaste?, ¿te gustó?, ¡cagaste!, no podrás dejar de pensar en mí, tendrás que venir a debutar. Recuerda que una mente corrompida no se puede cambiar o, ¿cómo explicas que estás buscando este tipo de relatos?, ¿quieres experimentar de inmediato o prefieres mirar primero?, no te preocupes, sentir un poco de temor es normal, yo sé enseñar muy...muy bien. Es fácil, dale, teclea en el buscador, apareceré de inmediato: DÓMINA.



